



Una aventura
impresionante

(8 de junio de 1958)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2628

DOMINGO 7 DE FEBRERO DE 2021

Edificio de la Torre,
en Jerez, Zacatecas.
Foto: Julio Zamora

¿Oyes el diapasón del corazón?
Oye en su nota múltiple el estrépito
de los que fueron y de los que son.

Mis hermanos de todas las centurias
reconocen en mí su pausa igual,
sus mismas quejas y sus propias furias.

Soy la fronda parlante en que se mece
el pecho germinal del bardo druida
con la selva por diosa y por querida.

*Fragmento del poema **El son del corazón**,
de Ramón López Velarde, poeta de Jerez, Zacatecas.*

ESCRIBEN: Herles Velasco, José Luis Larios, Julio César Zamora,
Salvador Velazco, Ramón Moreno, Élmer Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

Tecnocultura

2021: año de Ramón López Velarde

Herles Velasco

El modernismo mexicano tiene a su mayor exponente en la figura y obra de Ramón López Velarde, “poeta nacional” que ubicamos, a veces injustamente, con su poema “Suave Patria”, obra no siempre bien comprendida y que ha servido, quizá a pesar del propio autor, para definirlo y mostrarlo como un poeta patriota, aunque algunos estudiosos de la vida y obra del autor zacatecano, entre ellos Emilio Pacheco en su recomendadísimo ensayo *La lumbre inmóvil*, aseguran que ese poema es más un homenaje nostálgico a la patria chica, a Jerez, sobre todo, y resulta ser una especie de despedida que la inauguración de un espíritu nacional.

2021 es el año de Ramón López Velarde porque se cumplen 100 años del fallecimiento (19 de junio) de uno de nuestros poetas más grandes y a la vez injustamente infravalorados. Vicente Quirarte, miembro de la Asociación Mexicana de la Lengua (AML) y del Colegio Nacional prepara, junto con el pintor Felipe Torres, un homenaje pictórico del poeta jerezano, mismo que esperamos ver en línea próximamente. También hay una nueva obra literaria en camino que explora a personajes y sus obras que se dieron en el mismo año del nacimiento de López Velarde (1888) y que esperamos pueda ser adquirida en formatos digitales.

Desde ya podemos encontrar en la página de la Secretaría de Cultura contenido audiovisual, de entrada un video biográfico del poeta en la

liga: bit.ly/3atzMAk. Otro sobre su casa museo: bit.ly/3tkUo6j

Zacatecas, que además este año ostenta el título de Capital Americana de la Cultura, reconocimiento respaldado por la Organización de los Estados Americanos (OEA), ha declarado, su Legislatura, el 2021 como Año de Ramón López Velarde, con lo que el poeta tendrá el marco perfecto para las celebraciones, por su puesto, con una serie de actividades en línea.

En este marco, el Instituto Zacatecano de la Cultura organiza a partir de este febrero, y hasta que termine el año, conferencias en vivo; un esfuerzo importante que bien vale la pena seguir; para ello recomendamos estar atentos de las redes del Instituto estatal, así como del Instituto Jerezano de Cultura, que ha prometido también sumarse a los festejos y producir actividades.

Por supuesto, releer a Ramón López Velarde con las resignificaciones que eso supone, más allá de la “Suave Patria”, la obra del poeta zacatecano ilumina a quien se acerca con detenimiento. Está ahí el ensayo de Pacheco mencionado al principio, y a través de la tienda digital de Amazon (además del ensayo) el libro con sus obras y alguna que otra curiosidad: amzn.to/3tsVwFh

Hay que estar pendientes también de las actividades en otras instituciones al acercarse el 19 de junio, ya que en lo que va del año sólo se han manifestado de manera clara los institutos locales.

herles@escueladeescritoresdemexico.com



Fachada del Museo Interactivo Casa Ramón López Velarde.

Zacatecas, que además este año ostenta el título de Capital Americana de la Cultura, reconocimiento respaldado por la Organización de los Estados Americanos (OEA), ha declarado, su Legislatura, el 2021 como Año de Ramón López Velarde.



Patio interior del museo-casa.



Cronología de la familia y trayectoria del poeta jerezano.



Atenea

Jerez, el origen de la “dualidad funesta”

Julio César Zamora

Con Yuni y Brana

Fue en la Feria de la Primavera, al mediodía de un sábado de gloria, cuando llegamos a Jerez de García Salinas, municipio de Zacatecas, para conocer el terruño del poeta Ramón López Velarde; entrar a su casa y recorrer “el sueño de la inocencia”.

Lectores o no, jerezanos o no, para una parte de la población mexicana el nombre de Ramón López Velarde es sinónimo de patria, clasificándolo como un poeta cívico o nacionalista; ¿y cómo no, si el poema más difundido (y quizá el único leído por muchos) ha sido La Suave Patria, como una lectura obligada cada septiembre en diferentes años escolares, objeto de declamaciones no sólo en las escuelas, sino en ceremonias oficiales, discursos patriótico-políticos y hasta en cantinas, quizá este el último lugar donde se pronuncia con más emoción y franqueza.

Había fiesta en la plaza principal (jardín) y en los callejones, pero luto en los templos, como si la “dualidad funesta” de los versos del poeta se revelara en el entorno jerezano: en los primeros había tambora (banda musical), baile y bebida; en los segundos, silencio y contemplación. Una doble arista, unos en la celebración de la carne, otros en la reanimación del espíritu.

En palabras del escritor Hugo Gutiérrez Vega, la poesía de López Velarde “es un trabajo de amor. Católico y seguidor de Baudelaire, vivió una dicotomía constante (...) La sensualidad lo rodeaba para hacerlo girar en su frenético vértigo y, cuando se dejaba llevar por el éxtasis, lo despertaba la dolorosa sensación de haber incurrido en un sacrilegio”.

Haber llegado a Jerez en tiempo de Semana Santa me pareció algo simbólico, como si la travesía para conocer su hogar hubiera sido motivada, a propósito del lenguaje teológico de López Velarde, por esta fecha religiosa. Y vi entre las mujeres jerezanas a Fuensanta, con sus faldas largas “hasta el huesito”, pero también a las “mariposas de sangre”.

La permanente dualidad del poeta es tentación y arrepentimiento, carne y espíritu. Por ello Octavio Paz dijo que el erotismo expresado en su obra está teñido de crueldad. Porque lo religioso y lo erótico se contraponen en sus versos: Me asfixia, en una dualidad funesta,/ Ligia, la mártir

de pestaña enhiesta,/ y de Zoraida la grupa bisiesta.

Forasteros encantados por el pueblo mágico, caminamos sin un rumbo específico, sólo nos dejamos llevar “al son del corazón”. Así descubrimos el majestuoso Santuario de Nuestra Señora de la Soledad, edificado en 1805, es la santa patrona de los jerezanos, la que vio llorar “cabizbaja y benévola” al poeta. Frente al templo está el bellissimo Edificio de la Torre, construido en 1894, siendo la primera escuela oficial para niñas. Está revestido por una exótica combinación de estilos gótico y mozárabe mudéjar. A un costado se halla el andador artesanal, donde probé los sabrosos duros de chicharrón, con cuero y pata de puerco bañados en salsa de chile colorado, ajo, orégano y jitomate.

Su vida fue breve, murió en pletórica juventud, irónicamente a la misma edad de Jesucristo, como él mismo lo expresó en su poema titulado Treinta y tres: La edad del Cristo azul se me acongoja/ porque Mahoma me sigue tiñendo/ verde el espíritu y la carne roja,/ y los talla, el beduino y a la hurí,/ como una esmeralda en un rubí.

Dos cuerdas más adelante, se llega a la iglesia de la Inmaculada Concepción, la primera que se estableció en Jerez con la llegada de los españoles a la zona. De ahí, a una cuadra se encuentra la casa en la que vivió Ramón López Velarde, hoy museo interactivo de cinco habitaciones, estancia, cocina, un patio interior con pajarera y otro con pozo, donde se colocó una escultura del poeta. Cada sala está ambientada y amueblada a la época de su infancia (última década del siglo XIX), con escritos, fotografías de la familia, una mampara cronológica sobre su vida y obra. En el 2009 se rediseñó el museo para recrear las salas (en todos los espacios) mediante sensores que activan narraciones, episodios biográficos y poemas.

A razón de ello, José Juan Tablada le dedicó Retablo a la memoria de López Velarde: No se ha visto/ Poeta de tan firme cristiandad./ Murió a los treinta y tres años de Cristo/ Y en poético olor de santidad.

Al final cierra el poema con esta insignificante Jaculatoria: Un gran cirio en la sombra llora y arde/ Por él... y entre murmullos feligreses/ De suspiros, de llantos y de preces,/ Dice una voz al ánimo cobarde:/ «¡Qué triste será la tarde/ Cuando a México regreses/ Sin ver a López Velarde!».

Escultura de Ramón López Velarde, junto al viejo pozo, en la casa donde el poeta nació y vivió su infancia, ahora museo interactivo. Jerez, Zacatecas.

El viejo pozo (fragmento)

El viejo pozo de mi vieja casa
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces
se clavaba de codos, buscando el vaticinio
de la tortuga, o bien el iris de los peces,
es un compendio de ilusión
y de históricas pequeñeces.

Ni tortuga, ni pez; sólo el venero
que mantiene su estrofa
concentrica en el agua
y que dio fe del ósculo primero
que por 1850 unió las bocas
de mi abuelo y mi abuela...

En el 2009 se rediseñó el museo de forma interactiva. Las salas funcionan desde entonces mediante sensores que activan narraciones y poemas.



Parroquia de la Inmaculada Concepción, ubicada sobre la calle Ramón López Velarde, a una cuadra de la casa (museo) donde nació el poeta jerezano.



Fotografías: Julio Zamora.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una aventura impresionante

Don Manuel Sánchez Silva

(8 de junio de 1958)

Esta es una historia de aparecidos en las cuales no cree la mayoría de la gente inteligente, para quienes las viejas consejas de fantasmas y de ánimas en pena tan sólo perduran en los pueblos humildes de casas de adobe, techos de paja y tapancos sombríos y húmedos.

—En la Quinta Avenida de Nueva York no hay espectros del otro mundo —deslizan sonrientes y maliciosas las gentes modernas que viven haciendo inhalaciones de inteligencia y malabarismos de ingenio. Las voces de ultratumba, los niños que miran a su papá muerto media hora antes y las sombras difusas que espantan a las viejas beatas, tan sólo ocurren en lugares donde no hay alumbrado eléctrico, baños amueblados, pisos de mosaico y servicio de radiopatrullas.

Sin embargo, lo que sigue ocurrió en la Ciudad de México hace apenas 18 años y las personas que se interesen por conocer los hechos en detalle pueden recurrir a los diarios metropolitanos, que por cuatro o cinco semanas mantuvieron la noticia en la primera plana de sus ediciones.

Esta historia, que por más de un mes mantuvo a la metrópoli en suspenso, es la siguiente:

Una espléndida mañana de domingo perteneciente a diciembre de 1940, dos jóvenes acomodados y apuestos tomaron el camino de Cuernavaca a bordo del flamante convertible de uno de ellos. Era su propósito pasar el día en la capital morelense, como es costumbre hacerlo entre innumerables capitalinos que disfrutan de posibilidades económicas.

Poco antes de llegar a Tres Marías, y al salir de una curva, se hallaron con dos hermosas muchachas que venían a pie por la carretera, alegres y encendidas bajo el caliente sol de las maravillosas mañanas de la altiplanicie, en que la transparencia de la atmósfera perfila y matiza los más lejanos horizontes.

Con brusco chirriar de frenos, el carro paró en seco y los tripulantes avizoraron la grata perspectiva de una aventura.

—¿Podemos servirles en algo, señoritas? Tendríamos mucho gusto en serles útiles.

Con jovial desparpajo, la respuesta fue alentadora:

—No quisiéramos causarles una molestia, pero sucedió que yendo a Cuernavaca en unión de nuestros padres el coche sufrió una descompostura aquí, un poco adelante, y nosotras hemos optado por regresar a México, mientras ellos continuaron en el automóvil de otros viajeros. Así es que, francamente, echamos a caminar en solicitud de un “aventón”...

En estas circunstancias prometedoras, que los jóvenes consideraron llovidas del cielo, se abrieron como por encanto las puertas del convertible para recibir a las guapas solicitantes, que se acomodaron por parejas en los dos asientos. Después de una hábil maniobra, el vehículo enfiló hacia la Ciudad de México en un viaje encantador, en el transcurso del cual se estableció una rápida corriente de simpatía entre los cuatro ocupantes.

Al llegar a la capital, preguntó el que manejaba:

—¿Dónde viven ustedes?

—En Edison —contestó una de las muchachas—, cerca de Ponciano Arriaga, y si ustedes gustan les invitamos a pasar a nuestra casa a tomar un refresco y a oír un poco de música.

Frente a una finca de dos pisos se detuvo el coche. Las jóvenes abrieron la puerta de la casa y, acompañadas de sus galanes, penetraron en regocijado tropel.

Para amenizar la conversación alguien propuso preparar unas “cubas libres”, brebaje muy en boga en aquella época, y uno de los improvisados tenorios adquirió en una tienda de ultramarinos que había entonces en sitio inmediato al hotel Pensilvania y calle de por medio frente a la casa en cuestión, los ingredientes necesarios para preparar la bebida, cuyos efectos estrecharon pronto las relaciones, provocando tuteos e imponiendo confianzas.

Y como la primera botella de licor no sirviera sino de aperitivo, menudearon los viajes

a la tienda de la esquina, para proveerse de otras más.

En tanto, el tiempo adelantaba y con él los progresos registrados en la conquista de las anfitrionas, que se mostraban cada vez más insinuantes y sugerentes. Vino la noche y ya en plan de abierta francachela lo que había sido un encuentro ocasional se convirtió en el más íntimo de los idilios. Fue una auténtica e inolvidable noche de amor.

Al amanecer del día siguiente, las jóvenes urgieron a sus amantes retirarse por considerar inminente el regreso de sus padres y sobrevino la despedida entre recíprocas caricias y mutuas expresiones de cariño.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntaron ellos con el nunca satisfecho instinto ebrio del deseo juvenil.

—Mañana por la noche. ¡Volveremos a estar solas!

Y cuando, fieles a la cita, los jóvenes se presentaron en la fecha convenida y cansados de oprimir inútilmente el timbre recurrieron a golpear la puerta, una vecina, tal vez molesta por el ruido, se asomó a su ventana:

—¿A quién buscan?, en esa casa no vive nadie.

—¡Cómo que no vive nadie! ¿Se acaba de cambiar la familia?

—Nada de que se acaba de cambiar. La casa está desocupada desde hace más de dos meses, en que la familia pereció en un accidente ocurrido en el camino de Cuernavaca.

—Pero es que nosotros estuvimos aquí anoche...

—Ustedes estuvieron seguramente en alguna cantina y están confundidos. Ahí no vive nadie y por lo mismo no hay para qué sigan molestando al vecindario...

Bajo un sentimiento de asombro y aprehensión que es fácilmente imaginable, los jóvenes optaron por recabar datos con otras personas del barrio, obteniendo la misma información. Resolvieron dar cuenta a las autoridades y, al día siguiente, el comandante Jesús Altamirano, de la Inspección General de Policía, se presentó en la casa de la historia y después de intentar vanamente que le franquearan la entrada, llevó a cabo una investigación que ratificó en todas sus partes las versiones proporcionadas la noche anterior.

Ese mismo día las autoridades judiciales intervinieron en el extraño asunto y, con orden escrita de juez competente, autorizaron que se violentara la cerradura de la puerta. A la diligencia asistieron los jóvenes de la aventura, que al penetrar a las habitaciones experimentaron la mayor de las sorpresas, presenciando en todas partes un espectáculo de abandono y desaseo, como corresponde a una casa deshabitada por

mucho tiempo. El polvo cubría muebles y pisos, las telarañas entretejían en las esquinas de las habitaciones y éstas exhalaban ese inconfundible olor a humedad que es peculiar de las casas abandonadas.

Para acentuar su espanto, advirtieron los restos de cigarros y de bebidas en botellas y vasos y, en muchos de los últimos, las huellas de “rouge” dejadas por labios femeninos. Uno de ellos, no pudiendo controlar sus nervios, se desplomó por efecto de la terrible impresión. ¡Era aquella misma casa, sucia y desarreglada ahora, donde, ordenada y limpia, habían estado unas cuantas horas antes disfrutando los deleites de una noche de amor!

Por su parte, las autoridades también tuvieron que rendirse a la evidencia de que algo inexplicable sucedía, en virtud de que el interior de la casa, su distribución y sus muebles, correspondían exactamente a las informaciones previas proporcionadas por los jóvenes.

El hecho constituyó un verdadero escándalo ciudadano. Por espacio de varias semanas, gente de todas las clases sociales hicieron romerías para conocer la casa de la aventura. Investigadores policíacos, médicos psiquiatras y expertos en ocultismo, se sintieron interesados en descifrar el enigma, y uno de los protagonistas, profundamente afectado por la aventura, cayó víctima de una fiebre cerebral a la que no sobrevivió.

Después, el tiempo diluyó poco a poco la expectación y la vida siguió su curso, pero el misterio no se aclaró jamás.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



Plan de vacunación contra la viruela durante el siglo XIX

José Luis Larios García*

A la llegada de los españoles en el siglo XVI a las tierras del nuevo mundo, establecieron contacto con los pueblos indígenas nativos. Las migraciones provenientes de distintos rumbos, exportaron agentes biológicos que derivaron en enfermedades altamente peligrosas, desconocidas y devastadoras en todas las regiones conquistadas por los europeos, como la viruela, el sarampión, el tifo, la parotiditis, entre otras.

El virus *variola* fue el detonante de la epidemia en la gran Tenochtitlán, en 1520, la que provocó numerosas muertes, expendiéndose a zonas aledañas. Con el tiempo, la viruela asoló a los pueblos novohispanos, reduciéndose de manera paulatina la población, a tal grado que tuvieron que cambiar su vida cotidiana.

En Colima, también acaecieron los estragos de las mortíferas enfermedades, que hacían susceptibles a las comunidades indígenas, ya que no existía una cura o inmunidad general para controlar la expansión de las mismas. De acuerdo con documentos recabados en el Archivo Histórico del Municipio de Colima, se tiene noticia de que, en 1579, una mujer negra llamada Catalina Cunba “murió de una enfermedad que tuvo cuando el cocoliste vino, de que murieron muchos negros de esta tierra” (AHMC, caja A-28, exp. 8, f.22 vta).

En 1599, se registró otro caso que arroja información relativa a la peste que padecían en ese entonces en Colima, pues según datos levantados por Toribio de Casso, escribano público, al indígena Hernando, vecino del pueblo de Coquimatlán “le dieron vómitos y calenturas y murió de un cocoliste que había en el dicho pueblo, de que murió mucha gente”, dejando viuda a su mujer y huérfanos a dos hijos varones. Estudios actuales, argumentan que el *Cocoliztli*, es decir “la gran peste”, se trataba de *Salmonella* (AHMC, caja A-14, exp. 15, f. 3 fte.).

Las autoridades virreinales se enfrentaban a los estragos de las epidemias que se complicaban aún más por los movimientos poblacionales. Fue hasta finales del siglo XVIII cuando aparecieron nuevos métodos para controlar la viruela. En el continente europeo se llevaba a cabo la práctica de inoculación a personas sanas y enfermas, técnica atribuida al médico inglés Eduard Jenner, quien dio pie a formar con el tiempo la vacuna antivariólica.

De acuerdo a lo señalado, fue hasta mediados del siglo XIX que se tienen los primeros registros e informes de campañas de vacunación en Colima. El Ayuntamiento asumía el control y organización de las inoculaciones en la ciudad y regiones más distantes, como rancherías y haciendas. Los médicos se enfrentaban al desinterés de los habitantes por aplicarse la vacuna de la viruela, ya sea por desconfianza o creencias culturales, lo cual implicaba graves repercusiones en las familias.

El *Libro de Defunciones de 1858* revela en sus registros que la primera causa de muerte en la ciudad de Colima fue la viruela. Sólo en el mes de mayo, se registraron 15 decesos, pero las cifras aumentaron en los siguientes meses, focalizándose en tiempos de calor. Los datos recabados muestran que durante junio ya había estragos importantes de contagios, por tanto, las estadísticas crecieron a 20 decesos. Los más vulnerables fueron los niños entre 3 a 12 años; también se presentaron muertes en personas mayores de 25 a 40 años.

En 1875, el editorial del periódico oficial *El Estado de Colima*, emitió un desplegado a los habitantes sobre las repercusiones que ocasionaba el virus de la viruela, por lo que fue necesario proponer lo siguiente:

Siendo la vacuna el único medio profiláctico para evitar los terribles estragos que hace en la humanidad la horrorosa epidemia de las viruelas, creemos que la vacuna debe aplicarse a todos los habitantes del Estado, tanto para su salud como para su conservación. Todos los países cultos penetrados de esta variedad, han preocupado últimamente desarrollar con profusión en sus habitantes la inoculación del fluido vacuno, pues han comprendido que solo de esta manera se logra poner un dique a los males innumerables que ocasiona, principalmente a los niños, la cruel enfermedad de las viruelas.

El Estado de Colima ha sido frecuentemente invadido por esta horrible epidemia. Hemos presenciado mil cuadros horripilantes formados por niños atacados de esta asquerosa enfermedad que hace de sus víctimas un foco inmundo y pestilente de miasmas contagiosos. Los sufrimientos de estos enfermos producen en sus padres el dolor, la desesperación y su muerte trae la consternación, no solamente de sus familias, sino la de todos los habitantes del lugar en que reina dicha enfermedad.

De algunos años a esta parte tanto el Gobierno del Estado como el Ayuntamiento de esta ciudad han tomado bastante empeño en la aplicación de la vacuna, y hasta la fecha conserva el cuerpo municipal un médico encargado de esta operación; pero tristemente hemos observado que la mayor parte de los habitantes no se presentan a esta operación pretestando [*sic*] unas veces la creencia vulgar de que la vacuna es más bien un medio de atraer las viruelas, que de evitarlas. Otras veces las madres de familia (si es que merecen este título) no quieren que se vacunen sus hijos por no tener que cuidarlos seis u ocho días. Otras veces dicen los padres de familia que de nada sirve la vacuna, que nadie muere la víspera y en fin otras vulgaridades por el estilo. Por estas razones creemos que la vacuna debe ser obligatoria en el Estado (AHMC, Caja 203, posición 1, tomo IX, núm. 40, pp. 395-396).

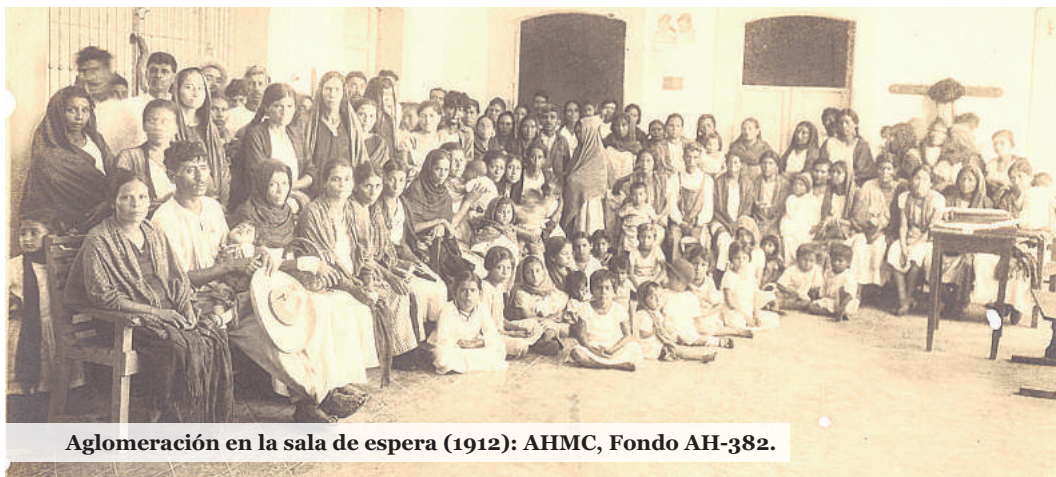
De alguna forma, el texto causó notoriedad entre los políticos, pero fue hasta 1879, durante el gobierno de Doroteo López, que el Congreso del Estado de Colima aprobó el decreto 140 para recibir de manera obligatoria la inoculación contra la viruela. Según las bases emitidas, indicaban que los administradores de la vacuna, debían de ser expertos en medicina, dotándolos con sueldo de 720 pesos anuales.

El centro de vacunación se instalaba los martes y sábados de cada mañana en la casa municipal (hoy Palacio de Gobierno). Los médicos registraban a los niños vacunados, expedían certificados, instruían convenientemente a los vacunados o a los conductores de ellos, de los fenómenos físicos y patológicos que la misma producía. Además, los enfermos de viruela que estuviesen en alguna casa, de inmediato debían dar cuenta a las autoridades de salud, con el fin de aplicar la vacuna a todas las personas que habitaran en ella. La misma obligación concernía a los jefes de las Fuerzas Armadas, los directores de hospitales, los encargados de cárceles y

a todos aquellos que estuvieran al frente de cualquier establecimiento en que hubiera aglomeración de individuos. Si no cumplían con lo establecido en reglamento, se castigaba con arresto de hasta 30 días y una multa discrecional (AHMC: tomo XIII, núm. 17, p. 65 y 66).

*Investigador del Archivo Histórico del Municipio de Colima

luislarios.ahmc@gmail.com



Agglomeración en la sala de espera (1912): AHMC, Fondo AH-382.

Fue hasta mediados del siglo XIX que se tienen los primeros registros e informes de campañas de vacunación en Colima. El Ayuntamiento asumía el control y organización de las inoculaciones en la ciudad y regiones más distantes, como rancherías y haciendas. Los médicos se enfrentaban al desinterés de los habitantes por aplicarse la vacuna de la viruela, ya sea por desconfianza o creencias culturales, lo cual implicaba graves repercusiones en las familias.



A las nueve en punto

La ciudad de Fernando Pessoa

Salvador Velazco

*Para el viajero que llega por mar,
Lisboa, vista así de lejos,
se levanta como la hermosa
visión de un sueño, elevándose
hacia el intenso azul del cielo, que el sol aviva.*
Fernando Pessoa

El viajero recuerda aquel diciembre de 2006 cuando llegó a la ciudad de Lisboa, puerto y capital de Portugal, cuya fundación se remonta al año 1200 a.C. por navegantes fenicios, aunque los autores clásicos se la atribuyen al propio Ulises, el héroe de la Odisea. Como sea, es una de las ciudades más antiguas en Europa, situada en medio de una bahía de las aguas del Tajo —el río más largo de la península ibérica que desemboca en el mar Atlántico. Ahí comienza o termina la tierra, según se vea. Desde las alturas del imponente castillo de San Jorge, monumento nacional de Portugal, se puede abarcar con una mirada sus iglesias y palacetes, sus plazas y monumentos, sus tejados de color rojizo y laberínticas calles. Y en la lejanía, cual espejo vibrante, el estuario del Tajo. Ciudad orientada al mar, levantada sobre colinas, reminiscencia de un imperio marítimo, Lisboa tiene una tonalidad y una atmósfera que sólo se pueden nombrar con una palabra portuguesa: *saudade* (tristeza, melancolía, soledad, morriña, nostalgia, todo junto).

El viajero se dedicó a recorrer la ciudad, concentrándose en el casco antiguo conformado por los distritos de Baixa, Chiado, Barrio Alto y Alfama. Lisboa, como Quebec y Valparaíso, es una ciudad que tiene una parte baja y una parte alta. En la primera, la Baixa, se encuentra la Plaza de Comercio —una plaza abierta rodeada de arcadas y galerías en forma de herradura con vistas al estuario del Tajo—, lugar donde se asentaba el Palacio Real, destruido por el gran terremoto de 1755. Para ir al Barrio Alto hay que subir por calles empinadas y sinuosas; o bien, tomar el histórico elevador de Santa Justa. Así, se puede uno internar en el barrio árabe más antiguo de Lisboa, Alfama, cuna del fado. Aquí, el viajero disfrutó de una velada inolvidable escuchando esas canciones que ejemplifican mejor que nada el sentimiento de la *saudade*. Los fados, expresión musical por antonomasia de Portugal, son cantos que sumergen en la más viva nostalgia y resignación elegiaca frente al *fatum* (palabra latina de donde se deriva fado), es decir, el destino que es inapelable en sus designios.

La mañana en que el viajero se internó en el Chiado, distrito que se encuentra entre el Barrio Alto y Alfama, había una neblina que hacía ver sus calles y plazas, sus tiendas y cafés, sus chirriantes tranvías y viejos vagones, un tanto irreales, ilusorios. Al paso del tiempo, un sol frío despejó la espectral bruma, dando paso a que los azulejos de las casas reflejaran su luz, y así el viajero pudo percibir una estatua de bronce ubicada en la terraza del Café A Brasileira. Era la del poeta Fernando Pessoa, obra del escultor Lagoa Henriques, realizada en 1988. Sentado en una mesa hexagonal, Pessoa parece

dar la bienvenida al café, uno de los más antiguos y famosos de la ciudad por servir café brasileño genuino, proveniente de Minas Gerais, el cual era muy frecuentado por el escritor lusitano. Viste traje y sombrero; su rostro apenas puede ocultar una melancolía trasnochada; su mirada parece perderse siguiendo el paso rápido de los transeúntes sobre la avenida que desciende a la Baixa. A su lado, hay una silla vacía en donde se sientan un momento los turistas para tomarse la foto. El fluir es incesante por lo que el viajero tiene que esperar su turno. Mientras espera, piensa que es un tanto irónico que Pessoa sea ahora una atracción turística cuando en vida pasó prácticamente inadvertido.

En todo caso, Fernando Pessoa no persiguió la fama, algo que reconforta al viajero. Nacido en 1888, en una casa cercana a donde está su estatua, el poeta pasó prácticamente su vida entera en Lisboa, salvo unos años de su juventud que vivió en Sudáfrica, en donde tuvo una educación de corte británico, lo que motivaría su amor por la literatura sajona y su deseo de escribir poemas en inglés. Se ganó la vida como traductor y redactor de cartas comerciales. Tras su muerte, acaecida en 1935 a la edad de 47 años, dejó miles de manuscritos inéditos de poesía, prosa, ensayos; infinidad de ellos todavía siguen sin ser publicados. Pessoa dotó a su patria, que él decía era la lengua portuguesa, de una singularísima creación: una serie de heterónimos —Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Bernardo Soares, entre los más conspicuos— que va a dar existencia a varios autores con diferentes universos poéticos. Pessoa, a quien Octavio Paz llamó “el desconocido de sí mismo”, se desdobló en otros alter egos literarios gracias al poder de una imaginación pocas veces vista en la literatura contemporánea. Su cuerpo reposa hoy en el Monasterio de los Jerónimos y lo sorprendente es que junto a su tumba están sepultados también los escritores a los que dio vida con su imaginación, sus inmortales heterónimos.

Después de haber regresado de Sudáfrica a los 17 años, Pessoa nunca más abandonó Portugal y casi nunca salió de Lisboa. Sorprende al viajero que, durante 30 años, el poeta haya viajado por tanto mundo en sus escritos. Como si ese viaje que hacía al cruzar el río Tajo para ir a las zonas circundantes de Lisboa fuera, en realidad, un cruce entre continentes. Para viajar, nos dice Pessoa, sólo basta con existir e imaginar. “La mejor manera de viajar es sentir”, escribió Álvaro de Campos. En consecuencia, Pessoa puso a viajar a sus heterónimos. El poeta paseaba por otras ciudades y capitales imaginarias, pero siempre regresaba a su triste Lisboa de la que dijo, en palabras del mismo Álvaro de Campos, “Otra vez vuelvo a verte —Lisboa y Tajo y todo—, / transeúnte inútil de ti y de mí, / extranjero aquí como en todas partes, / tan casual en la vida como en el alma, / fantasma errante por salones de recuerdos/ con ruidos de ratas y maderas que crujen / en el castillo maldito de tener que vivir...”.

El viajero, ya en el tren que lo alejaba de Lisboa, sabía que tendría que volver algún día a la ciudad de Fernando Pessoa, ciudad fado, ciudad río, ciudad *saudade*.



El viajero saludando al poeta Fernando Pessoa.



Vista desde el Castillo de San Jorge. Foto: Salvador Velazco.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXXIV

Zultepec-Tecoaque

Ramón Moreno Rodríguez



Cerca de Calpulalpan, en los límites de Tlaxcala y el Estado de México, ocurrió por estas fechas de enero de 1521 una matazón que ha quedado muy olvidada en aquel maremágnum de matazones y crueldades.

Sucedió que en la huida de la Noche Triste, varios meses (seis o siete) antes de esta matanza, un grupo de fugitivos de la Ciudad de México, la mayoría inexpertos y recién llegados con Pánfilo de Narváez, intentaban llegar a la Vera Cruz, huyendo de México y la derrota de Cortés.

Los prófugos, con tesoros saqueados de México, habían logrado atravesar la mayor parte del territorio mexicano y acolhua, y estaban a punto de cruzar la frontera e introducirse en territorio seguro para ellos, pues por ahí iniciaba el reino de Tlaxcala, en un lugar que hoy recibe el nombre de San Felipe Zultepec, que era una población de origen texcocano. Aquí detienen a los fugitivos y no les permiten continuar su huida. Así lo cuentan cronistas como Bernal Díaz del Castillo.

Por su parte, los investigadores del INAH dicen ser los hispanos que cautivaron personas que procedían de Vera Cruz y se dirigían a México. “Al inicio de la conquista de México, los habitantes de Zultepec capturaron una caravana, conformada por europeos (hombres y mujeres) y algunos de sus aliados indígenas, provenientes de la costa en donde Cortés había fundado la Villa de la Vera-Cruz. Se trataba de un grupo rezagado formado por enfermos y algunas mujeres, que llevaba importantes propiedades de Cortés, muchas de las cuales había quitado a Pánfilo de Narváez después de derrotarlo. Los miembros de la caravana fueron llevados al poblado, donde permanecieron prisioneros”.

Sea como fuere, y fueran o vinieran de la Ciudad de México, todos coinciden que eran parte de los hombres de Narváez. El hecho es que los indígenas los sacrificaron a ellos, a otros indios aliados, incluidos algunos caballos. Así lo cuenta Bernal Díaz del Castillo: “E halló allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes con que habían rociado con ella a sus ídolos y también se halló dos caras que habían desollado y adobado los cueros, como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas y ofrescidas en uno de sus altares. Y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos muy bien aderezados, que tenían sus pelos e con sus herraduras y colgados a sus ídolos en el su cu mayor. Y hallóse muchos vestidos de los

españoles que habían muerto, colgados y ofrescidos a los mismos ídolos. Y también se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos escrito con carbones: ‘Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía’”.

Lo que no cuenta Bernal es que para estas fechas de enero de 1520, Cortés ordenó que se cobrara venganza haciendo una cruel carnicería: mandó asolar y destruir el pueblo donde había ocurrido aquel sacrificio. Así lo cuenta Hugh Thomas. Es decir, Cortés envía a su hombre de confianza, Sandoval, a recoger las tablas labradas en Tlaxcala y con las cuales se fabricarían los bergantines en Texcoco, le ordena a su capitán que

al pasar por Calpulalpan se detenga en el pueblo teatro de los acontecimientos que acabamos de narrar y dé una dura lección destruyendo y matando a todos los pobladores. El enviado de la muerte insiste en preguntar de qué hacer si los indios se dan de paz. No obstante, insiste el capitán, deberá dárseles una dura lección matando a los más para que escarmienten que no habría miramientos con los derrotados. Al parecer la respuesta fue “aunque os salgan de paz, los matad”.

En efecto, Sandoval cumple las órdenes recibidas y hace una matazón de más de tres mil pobladores. Nadie criticó, dice el historiador británico, el comportamiento de Sandoval. Maquiavélicamente insiste el profesor en que las campañas se ganan por medio de castigos como de la guerra. “Sin los semejantes castigos no se puede hacer la guerra”.

Entre los que acompañaban a Sandoval se encontraba Gonzalo Suárez, que después diría: “Allegamos al pueblo morisco que estaba cerca de la raya de los indios de Tlaxcala, hallamos allí muchos indios que estaban en guarnición esperando al dicho Juan González y a los que con él venían para matarlos y tomarles

los bergantines y quemarlos porque así lo confesaron los indios que tomamos vivos y matamos más de tres mil de los indios de guerra”.

Bernal guarda silencio de la matazón de los españoles y sólo da cuenta de la primera. Pareciera que es necesario exculpar a los españoles y muchos lo verán así y dirán que ambas crueldades forman parte de la vorágine desatada y que no hay culpados en uno y otro bando o ambos lo serán.

A esto responderemos que los principales culpados son los extranjeros, pues fueron ellos los que llegaron a entrometerse en lugares donde no se les había hecho daño alguno.



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Las inconscientes y los olvidadizos

Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO de 1991. Hace unos días, cuando regresaba de tomarme un refresco en El Pingüino, me encontré en el mostrador, donde pongo los periódicos, una cadena de oro italiano. De inmediato les pregunté a las muchachas de quién era esa cadena. Las tres, sorprendidas, se concretaban a verla hasta que Carmelita nos dijo: es de Amalia, ella me la estuvo enseñando y en lugar de llevársela la dejó, ahorita le voy hablar. Habló con ella y todos notamos que Carmen hablaba con énfasis y medio sorprendida.

Después de colgar nos platicó que la señora le había preguntado: ¿Cuál cadena? Pues la tuya. No, la mía aquí la traigo en la bolsa. A ver, búscala. Parece que fue a buscarla y cuando regresó al teléfono exclamó: ¡Es la mía! Ahorita voy por ella; y efectivamente, a los diez minutos, un raudo taxi se enfrenó frente a la Casa Ceballos y ella bajó corriendo por su cadena, musitando las palabras normales en estos casos: ¡Gracias a Dios y a la Casa Ceballos!

Recuerdo que hará unos tres años, mi compadre Toño Pérez García olvidó a mi comadre en el crucero de Santana, allá por la carretera a Guadalajara, cuando ella se había bajado de la camioneta a comprar camotes del cerro, y él y su chofer permanecían en el asiento delantero, y al oír el ruido de la puerta de atrás se arrancaron creyendo que la señora se había subido.

Me platicó mi ahijado Gustavo que en una ocasión fueron él y ella a la Feria, cuando todavía se hacía allí por “La piedra lisa”. Después de recorrer los puestos y de cenar con las salesianas, se encaminaron a las tandas de “Chupamirto”, que se localizaba a medias de la cuadra, por la calle Del Trabajo. La entrada estaba atestada de gente, unos haciendo cola para comprar los boletos y otros esperando para entrar.

Era costumbre de los esposos Schulte ir cogidos de la mano como muestra de cariño, de seguridad, o por seguir una bonita costumbre. Se soltaron porque Gustavo se acomodó en la cola y cuando ya había llegado a la taquilla y ella siguiéndolo, inconscientemente e instintivamente ella cogió la mano y se encaminó hacia la entrada, pero de pronto al acariciar la mano la sintió callosa y su marido las tenía lisitas como de seda, así es que inmediatamente la soltó viendo a su marido que se desternillaba de risa, y la cara desilusionada y sorprendida del tractorista, que era el dueño de la mano callosa.

Eso de los olvidos es muy común, pues se nos olvidan los nombres de las calles, el san-

to de la señora de la casa, pagar el teléfono, la luz, y las pequeñas cuentas que dejamos pendientes en la tiendita de la esquina.

Dicen, y parece que es verdad, que nosotros los viejos lo primero que empezamos a perder es la memoria, después el oído, luego la vista y al último la vergüenza, aunque yo parece que estoy empezando al revés. Aquí en la acreditada y prestigiada Casa Ceballos hay una frase referente a lo mismo y que dice: “Si quieres ser recordado después de muerto, deja cuentas sin liquidar”.

Por 1962, Marcelino era gerente del Banco de Colima en Armería, y un día de tantos tuvo que venir a Colima a consultar algunos pendientes con la matriz, y como buen marido invitó a su Nacha del alma, o bien, ella no muy segura de su marido decidió acompañarlo para cuidarlo de las acechanzas del demonio vestido de mujer.

Llegaron, él se quedó en el banco y ella se encaminó para hacer algunas compras, y así pasó el tiempo hasta que alrededor de la una llegó a la acreditada y prestigiada Casa Ceballos a comprar unas prendas, pues ahí quedaron de verse. Pasó un rato, sonaron las nueve y media y como Marcelino no aparecía, ella se decidió telefonar al banco y ahí le informaron que el gerente tenía media hora que había salido.

Nosotros, los de la tienda, ante este imprevisto decidimos no cerrar esperando un rato, y efectivamente a los quince minutos con un frenazo nos dimos cuenta de la llegada del gerente Marcelino, quien con toda sinceridad nos platicó que subiendo la “cuesta de la Salada” se había dado cuenta que Nacha no iba a su lado.

La semana pasada una jovencita me entregó una cartera que habían olvidado en el teléfono, frente a la tienda. La esculqué y me di cuenta que ella se llamaba Raquel y que acababa de pagar una cuenta en La Marina, hablé ahí y me proporcionaron el teléfono, del teléfono indicado me dieron otro donde ella trabajaba y así de sencillo fue como la localizamos y la jovencita Raquel, que trabaja en el PRI, pudo recuperar su cartera olvidada. Esto me da gusto, ipues si los jóvenes son olvidadizos!, disculpados estamos los viejos.

Y ya que estamos hablando de olvidos a mí y hasta ahora, gracias a Dios no se me han olvidado cosas grandes, pero chicas a cada rato. Volteo cuando me grita la muchacha de “la fruta para la leche”: don Carlos, olvidó la calabaza, o bien, don Caco: ¿no se va a llevar los empanochados?

* Empresario, historiador y narrador.

El arte de novelar

Tumbas de agua

Élmer Mendoza

Claro, hay muchas, y es posible que estén pensando en los naufragios que han estado presentes desde que el hombre navega los misteriosos mares. ¿Se acuerdan del Titanic? Sin embargo hay otras, urbanas, azules, exclusivas, que ocupan un lugar importante en el jardín de algunas mansiones. A estas se refiere Miguel Tapia en su libro *Tumbas de agua*, que obtuvo el Premio de Novela Ciudad de Estepona 2019, fallado en junio de 2020 en esa municipalidad española y publicado por editorial Pre-Textos en Valencia, España, en octubre del año pasado.

La obra transcurre en una lluviosa ciudad del noroeste mexicano, y el conflicto es lo que le ocurre a un joven de clase baja que advierte que el mundo es una esfera que al menor empujón se desploma hecho pedazos.

Joaquín, trabaja limpiando albercas. En una de ellas conoce a Miranda, una chica hermosa de la que se enamora. Ella dibuja halcones en pequeños cuadernos y luce su belleza en la piscina. El Rorro, de oficio sospechoso y propietario de esa enorme casa, controla a la chica y trata de involucrar al alberquero en asuntos delicados. Ya verán.

Pero los problemas del personaje no terminan ahí. Su hermana Silvina se ha convertido en una atractiva mujer y la pretende el narquillo del barrio, que conduce una troca negra, de llantas anchas, escucha corridos a todo volumen y disfruta echar “bravatas motorizadas” sin venir al caso. Otra cosa que lo martiriza es la pasividad de su madre, que fue abandonada por su marido que ahora está en Estados Unidos y jamás manda dinero. Eso de las remesas para ellos es una leyenda urbana.

Tapia mueve sus personajes con suavidad, en capítulos cortos, proponiendo enigmas que resuelve poco a

poco. Joaquín babea por Miranda pero sabe que no tiene oportunidad, además del peligro que significa invadir el territorio de un sujeto que se atreve a todo. Sin embargo, acepta verla en el zoológico y se sorprende cuando ella le pide un favor. Luego de eso, hay un enfrentamiento a tiros en una avenida en pleno tráfico de la que Joaquín escapa conmovido, encuartelan a la policía estatal y el ejército toma la ciudad despertando el temor de todos.

¿Quieren saber qué pasa con el Rorro, Miranda y “el oleaje vertical de su cabello”, la casa y por supuesto la alberca? Lo dejo en sus manos. Como bien saben, entre lectores nos leemos las manos y los ojos.

Cada libro que publica Miguel Tapia, que nació en Culiacán, Sinaloa, México, en 1972, es un viaje a lo mejor de sí mismo, adicionado de una profunda exploración del paisaje, de la época de que ha sido testigo, y de las profundas desigualdades que crecen todos los días en una sociedad engañada y egoísta donde es imposible soñar.

¿Qué hace Gonzalo, hermano de Joaquín para escapar de esa miseria? Largarse, medida que al protagonista no le nace tomar porque cifra sus esperanzas en una vuelta de tuerca, de la que no tiene un ápice de certeza. “Sólo el agua que corre está viva”, medita, sin embargo, no es capaz de moverse, prefiere una vida donde la prisa tiene nombre propio, y usted lo descubrirá y buscará rostros en sus recuerdos cuyos nombres habrá olvidado. Porque Joaquín podría terminar en eso, en *Los olvidados* de Buñuel, o en los que tienen “afición por la inercia” y temen dejar las cuatro paredes que al final prohíban actitudes de larga espera como la de Penélope. El símbolo que hace pensar en las tumbas de agua les dejará agitado el pensamiento, pero estarán bien. Se trata de una buena novela. Ya me contarán.

